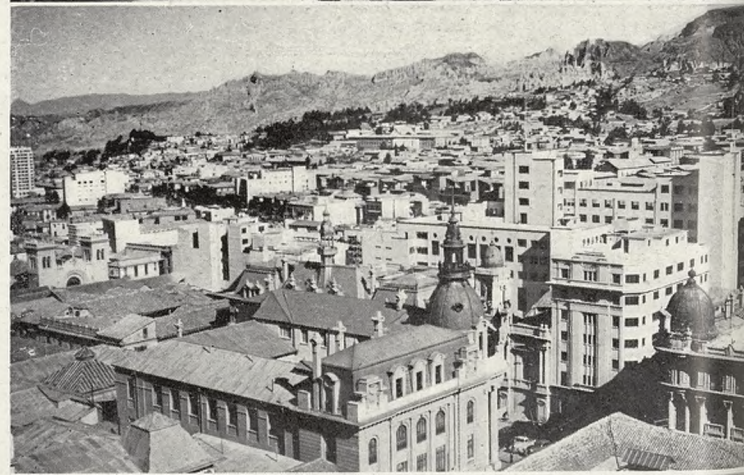


TRAS EL SOROCHE, LA PAZ



LA CAPITAL MAS ALTA DEL MUNDO

A Bolivia se pasa desde el Perú por el lago Titicaca, el más alto del mundo, a 3.808 metros. Un vaporcito —el "Ollanta"—lo cruza una vez por semana en cada dirección. Embarcáis en Puno, en cuyo muelle modesto os dejan los expresos, repletos de turistas, que bajan de Cuzco y de Arequipa. Corre poco el tren para llamarse expreso. Sólo trescientos cincuenta kilómetros dista Arequipa de Puno, y, sin embargo, el convoy tarda once horas. Desde las siete y media de la mañana en que abandonáis la ciudad blanca hasta las seis de la tarde en que divisáis las aguas azules del lago. Pero, ¡qué camino...! ¡Y siempre subiendo! Estabais en los 2.301 metros y a las pocas horas una placa os fija la altura de la estación: Crucero Alto, 4.470 metros. Aquí sí que sentiréis el "sorojchi". ¿Sabéis qué es? El mal de las montañas, una dolencia bastante rara. Podéis creerlos inmunes en una ocasión, pero os alcanzará en la próxima. Al principio sentiréis dolor de cabeza, languidez, tos, vómitos, pulso rápido, respiración irregular. Ya os agarró el "sorojchi". La enfermedad puede acometeros en seguida o retrasarse; pero mientras dura, mal negocio. Hay quien muere de ella, aunque—tranquilizaos—la mayoría de los atacados se recobran rápidamente, si bien la dolencia puede dilatarse días y días e incluso reaparecer al cabo de semanas de aclimatación y buena salud. Tomad las cosas con calma, os aconsejan, y, sobre todo, algún remedio. Los hay múltiples. Sencillos y complicados, caseros y de receta, caros y económicos. Pero tomad alguno, y no os arrepentiréis.

En la parte superior, una vista del monte Illimani, coronado de nieves perpetuas, y sobre alto pedestal, la imagen del Redentor. A las orillas del Titicaca, los indígenas bailan sus típicas danzas, tan milenarias como las aguas del lago.—El barco "Inca" en los muelles de Copacabana, población ribereña del Titicaca.—Otro aspecto del Titicaca, el lago más profundo y extenso de Sudamérica.

Una llama se detiene frente a la puerta incaica del Sol, construída en Tihuanacu.—Una vista panorámica parcial que muestra las modernas construcciones de la ciudad de La Paz sobre el fondo de su parte antigua.—La moderna capital de Bolivia se prolonga al través de su avenida "16 de Julio", en la que se están levantando altos rascacielos de moderna traza que embellecerán, en breve, la ciudad.

A mí me iba ya doliendo mucho el corazón, aunque dicen que el corazón nunca duele. Se me debilitaba la vista y respiraba mal. Pero vino en mi auxilio un compañero de viaje, judío por más señas, que tuvo que abandonar Polonia, su país de origen, cuando la persecución nazi. Deshaciéndose el israelita en elogios a España por el buen comportamiento de su Gobierno con sus compatriotas exilados a la caída de Francia, mientras desahogaba su furor contra Inglaterra, "implacable perseguidora" de los hombres de su raza. El judío me recomendó un remedio casero y sencillo. Una taza de café bien cargado, en el que se exprime un limón. Con esto y las gotas de Cardiazol que tomé, por si el judío erraba, se me pasó el "mal de puna" ya llegando al lago.

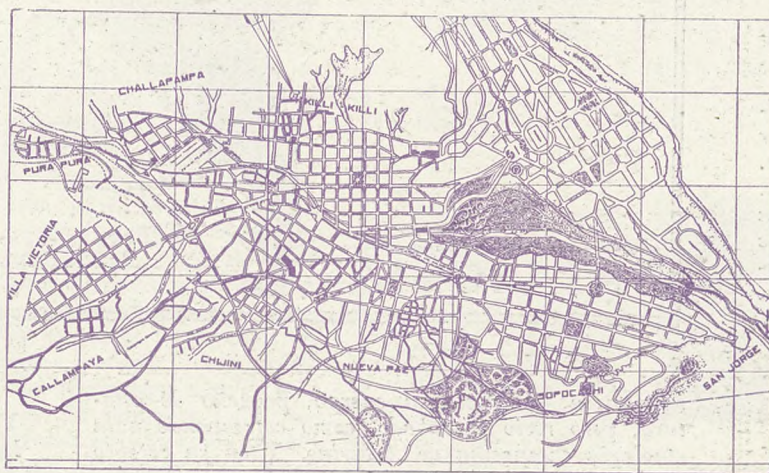
Aquella noche había tormenta sobre las aguas azules del Titicaca. Los truenos y relámpagos parecían despertar la leyenda kolla de Huiracocha, el creador del orbe andino, el que para los aymaras formó la tierra, el sol y la luna y está ahora sepultado en las aguas que desde hace algún tiempo se retiran con sus peces, sus pájaros acuáticos y hasta las totoras, sin que el hombre de ciencia se atreva a explicarnos el prodigio.

Daba sus buenos tumbos el vaporcito. Los pasajeros nos congregamos en el comedor. Eramos una austríaca, judía y divorciada; un norteamericano, tres chilenos, un boliviano, un venezolano, el polaco judío y un español. Iban, además, los chicos del Orfeón mejicano, que interpretaron varias canciones, entre ellas una muy hermosa a la Virgen de Guadalupe, que el polaco aplaudió a rabiar.

Andábamos ya lejos de Puno y aún estaba yo sobre cubierta admirando el paisaje. Había salido la luna, tras la tormenta, y los Andes parecían suspender en el azul inmenso sus eternos heleros. Por allí bajaron, según la tradición, descendiendo del sol, que era la diosa Inti —"el principio"—, Manco Capac y Mama Ollco, fundadores del gran Imperio de los Incas. Y aquí, en la vasta inmensidad del

lago, cuyas aguas apalean ahora cada semana las ruedas del vaporcito inglés, construyeron los primeros soberanos las islas del sol y de la luna para santuarios de esas divinidades. Pero la leyenda se llevó a Huiracocha, a Manco Capac y a Mama Ollco. Sólo quedó el lago. Y la península de Copacabana, y en ella la imagen de Nuestra Señora de la Candelaria, pequeña y morena como las mujeres incas. Porque un inca la esculpió, allá por el año 1580. Era un converso, devoto y fervoroso, que se llamaba Francisco Tito Yupanqui. Lloraba el pobre por no ser artista, y sus toscas manos no acertaban a modelar la imagen. Pero el prodigio vino. Una tarde se estaba Yupanqui en su yacija de Copacabana, cuando cayó en un éxtasis místico y vió a la Señora. Envuelta en un manto blanquísimo, resplandeciente de extraordinaria claridad y mostrándole en su brazo izquierdo al Salvador. Yupanqui cayó de hinojos y oyó que sus manos podrían ya modelar la imagen con la perfección de un escultor. Y se fué a Potosí a trabajar como aprendiz en el taller de pintura y escultura de Diego Ortiz, el maestro. La imagen salió de las manos toscas del inca, pero el pueblo la rechazaba. Fué después que un artista de fama recotó el rostro de la Señora, que, como por arte milagrosa, quedó divinamente bello, cuando la Virgen de la Candelaria hizo su entrada triunfal en Copacabana, el 2 de febrero de 1583. Ha llovido mucho desde entonces, pero la Señora sigue en su Santuario magnífico, recibiendo el homenaje de los bolivianos.

Amanecía cuando avistamos la península de Copacabana. Entre unas brumas que simulaban encajes se fué hasta la noche la Cruz del Sur. Con el día ayudamos al Illimani, que siempre presenta orlada de nieve su cresta airosa. Estábamos muy cerca de los 4.000 metros; pero aún nos quedaban más de 2.000 si queríamos coronar la cumbre del monte sagrado. A pocas horas de abandonar la embarcación en Guaqui, el tren os llevará al punto



más alto. Le llaman precisamente el Alto, y antes se decía de Lima, porque de ahí partía el camino para la capital del virreinato. A vuestros pies, la urbe que fundara el 20 de octubre de 1548 el capitán de los Tercios hispánicos D. Alonso de Mendoza, y a la que le dió nombre el César Carlos V en aquellos versos que aún se leen en su escudo:

Los discordes en concordia,
en paz y amor se juntaron,
y pueblo de paz fundaron
para perpetuar memoria.

Ya estáis en La Paz. El guía os llevará por callejones estrechos que os recuerden la traza de cualquier ciudad andaluza. Entraréis en los "tambos", las posadas de acá, con su amplio patio en el que se abre el pozo para que abreen las bestias; sus galerías y un continuo trajín de huéspedes que os hará evocar los mesones castellanos. Luego veréis en la plaza a la llama y al indio altivo que protege su cabeza con el viejo casco de Pizarro; y a la "chola" con su "guagua" a la espalda, que os ofrece tejidos y bordados con reminiscencias lagarteranas. Los mercados tienen aquí mucho de zoco, con su alagarabía de colores, sus tiendas al borde del arroyo, su jerga de lenguas y dialectos. A la puerta de las iglesias (portada bellísima de San Francisco con tantos resabios platerescos sobre el barroco local) veréis a los santones ciegos, siempre rezando, implorando la bendición de Dios para las "cholas", que, santiguándose a cada paso, aguardan, de rodillas al lado del santón, los efectos de las plegarias y depositan una moneda en el mugriento sombrero del invidente.

Fijaos en los pies del indio, embutidos en las abarcas o sandalias, de fabricación casera, adornadas con argollitas de cobre y aplicaciones de cuero en color, de reminiscencia morisca, con la gran hebilla de plata que lleva el águila bicéfala del Emperador Carlos V. Asistid a algún baile. Los danzarinnes visten trajes de terciopelo recargados de oro y se colocan unas monumentales caretas, símbolos de los vicios y pecados. Si tenéis tiempo, marchaos a Cochabamba a estudiar la rica cerámica en los cacharros de barro cocido, de noble forma, esmaltados de verde, que portan los indios. Alejaos hasta Potosí, el más importante centro artístico del alto Perú. Sobre sus 4.146 metros de altura descansa la villa imperial al pie mismo del Cerro Rico. Allí os aguarda "la perla de Bolivia", la portada de San Lorenzo, construida de 1728 a 1744, ejemplo magnífico de la mezcla de los símbolos cristianos e indígenas y de su interpretación americana.

No dejéis de bajar a Sucre, la aristocrática, la de los cuatro nombres (Chuquisaca, Charcas, La Plata, Sucre), para recrearos en las hermosas quintas de la época colonial, surgidas entre viñedos, huertos de frutales y jardines en distintos planos, porque la obra del hombre se armonizó con la Naturaleza y formó parte de ella.

Pero, sobre todo, pasead por La Paz. Despacio, sin apresuramientos, que os fatigaráis. Sobre el alto, más todavía, un cielo azul limpiísimo, nítido, puro. Y al fondo, la más bella decoración de la Naturaleza: el Illimani, con sus eternos heleros y su eterna amenaza. Enfrente, el Cristo que abre los brazos al perdón y al amor.

A N T O N I O O R T I Z M U Ñ O Z



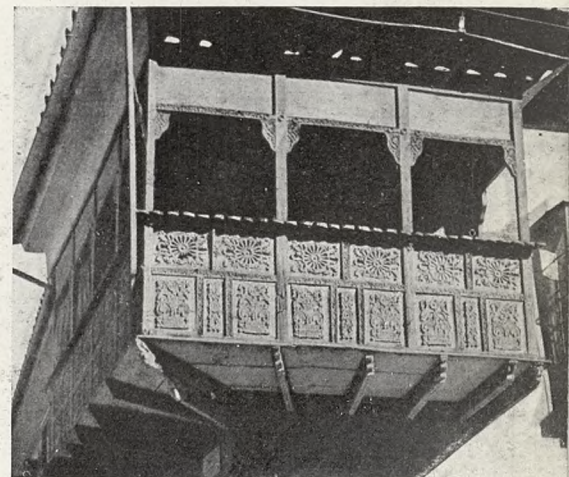
Arriba: Plano de La Paz y una de las numerosas y bellas puertas que se conservan en Bolivia, y en la que aparece la clara huella del plateresco español sobre el barroco de carácter local.



Portada de San Lorenzo, la "perla de Bolivia", construida de 1728 a 1744, según se lee en la inscripción tallada sobre el arco. Es una bella muestra de la mezcla de los símbolos cristianos e indígenas.



El "tambó" es una hospedería, muy barata, en la que se alojan los indígenas y también sus animales. Ya en los tiempos precolombinos existían los "tampús", rodeados de depósitos de viveres.



La capital de Bolivia guarda preciados tesoros de inspiración española. He aquí un típico balcón viñeal en un edificio de La Paz. Las magníficas tallas conservan su pureza a pesar del clima del Altiplano.